

El homenaje de Wolfe a su editor

‘Historia de una novela’ relata el descubrimiento del oficio de escritor por parte de Thomas Wolfe y su relación con Max Perkins

JAIME G. MORA

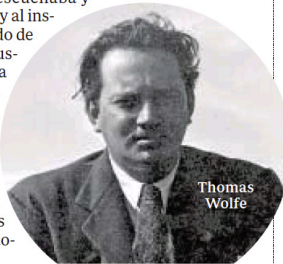
Son pocos los editores que logran salirse de ese segundo plano al que suele relegarles un negocio que cede todo el protagonismo al escritor. Es el talento del autor –cuando lo tiene–, su carisma o su capacidad de destacarse entre tantos escritores lo que atrae la atención mediática. Así fue también con Thomas Wolfe (Virginia, 1900; Maryland, 1938), quien pese a su temprana muerte está considerado, igual que Faulkner, Dos Passos o Steinbeck, como uno de los autores estadounidenses más importantes del siglo pasado. «Fue un chorro de cielo e infierno americano que me abrió los ojos a América como un tema en sí mismo», dijo Kerouac. Y si esto fue posible se debe, en gran parte, al trabajo que el editor Maxwell Perkins hizo con los manuscritos y desvelos de este escritor desenfundado.



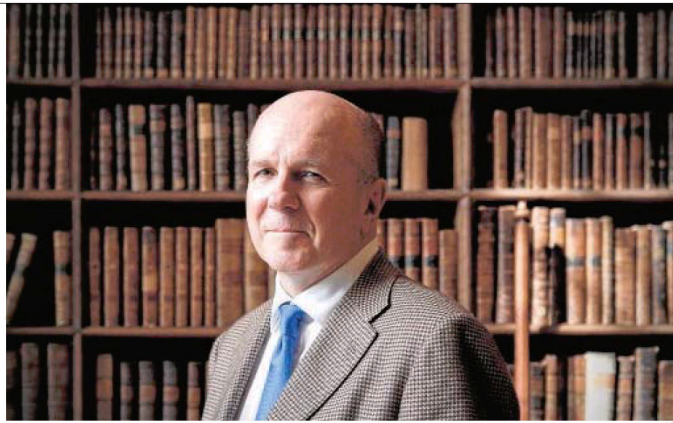
Historia de una novela
Thomas Wolfe
Periférica, 2021
104 páginas
19 euros
★★★★

LO SABEMOS POR ‘GENIUS’, o ‘El editor de libros’, la película que muestra la enorme influencia que Perkins tuvo en la obra final de Wolfe. Si Hollywood le dedicó una película al también descubridor de Fitzgerald es porque él fue uno de los pocos editores con el talento y carisma necesarios para competir en notoriedad con sus autores. Sobre su relación con Perkins durante la agónica elaboración de su segunda novela escribe Wolfe en ‘Historia de una novela’: «Me sostuve gracias a una inestimable buena fortuna. [...] Creo que si en aquel entonces no me destruyó la sensación de desesperanza que había despertado en mí esa tarea titánica fue en gran medida por el coraje y la paciencia de ese hombre».

EL NOMBRE DE PERKINS NO APARECE citado en el breve texto donde Wolfe narra su descubrimiento del oficio, y sin embargo el autor no deja de reconocer la extraordinaria importancia que tuvo para él, sobre todo durante el proceso de depuración del primer manuscrito de ‘Del tiempo y el río’: «Me dijo que yo no era un escritor tipo Flaubert, un perfeccionista: que dentro de mí había veinte, treinta, incontables libros, y que lo importante era escribirlos todos en lugar de pasarme el resto de la vida perfeccionando uno solo». Las reflexiones de Wolfe como novelista en ciernes son tan interesantes como su trato con Perkins: la concepción de la escritura como un trabajo solitario y entregado, los errores de los autores inexpertos sobre los límites entre lo factual y lo real o la manera en que se agudizan las facultades de percepción y reflexión de un escritor cuando está enfrascado en una obra. «Veía y escuchaba y conocía todo de golpe, y al instante me sentía liberado de cualquier dolor o angustia, con la conciencia tranquila de un Dios». Hay más apuntes, muchos más, que harán las delicias de los letrados, pero me quedo sin espacio. Es mejor acercarse a una librería y descubrirlos en las páginas de ‘Historia de una novela’. ■



Thomas Wolfe

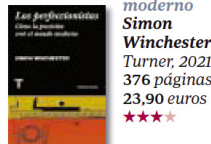


Simon Winchester (Londres, 1944)

LA HISTORIA DE LA PRECISIÓN O DE LA TOLERANCIA HACIA EL ERROR

El escritor y periodista británico **Simon Winchester** recoge el origen de algunos inventos como metáfora de la evolución

Los perfeccionistas. Cómo la precisión creó el mundo moderno



Los perfeccionistas
Simon Winchester
Turner, 2021
376 páginas
23,90 euros
★★★★

MANUEL LUCENA GIRALDO

Colin Povey fue un ingeniero británico que se declaró hindú en 1940 para que no le obligaran a ir a la misa anglicana. Sin interés por pelear en las trincheras, se alistó en un cuerpo de ejército dedicado a proveer de armamento, munición y vehículos acorazados a los soldados. Como nos recuerda el famoso autor de este libro, tan entretenido como fascinante, una verdadera celebración del ingenio humano, ese cuerpo militar incluye servicios de lavandería, baños portátiles y quién sabe la causa, fotografía militar. Semejante aglomeración de tareas se puede explicar como resultado de bizarras circunstancias burocráticas. Resulta más divertido pensar que constituye un intento de poner orden en el caos, o deviene de conexiones insospechadas. El método, la reunión de lo que no tiene cabida en otro sitio, puede parecer dudoso, mas los resultados, como cuenta Winchester en multitud de epi-

sodios históricos, cuya trascendencia sonroja al lector, son espectaculares.

Cartuchos de fusil

Al curioso Povey lo mandaron a las fábricas de municiones de Estados Unidos a estudiar los cartuchos de fusil que remitían a Gran Bretaña. Fallaban mucho en el momento del disparo. Povey visitó fábricas y tinglados sin encontrar explicación, hasta que en una feroz travesía del Atlántico descubrió que el bamboleo de la carga mal estibada inutilizaba la munición. Un poco de precisión, esa «hija de muchos padres», como la definió Chris Evans, duran-

ESTE LIBRO, TAN ENTRETENIDO COMO FASCINANTE, ES UNA CELEBRACIÓN DEL INGENIO HUMANO

te el crucial proceso de envasado, resolvió el problema. No fue una genialidad individual, sino labor de equipo. Este es el argumento fundamental.

La ingeniería de precisión, a cuya evolución están dedicados sus diez capítulos, tiene una trayectoria en el tiempo, constituye una cultura, con historia y narrativa. El primero, «Estrellas, segundos, cilindros y vapor», reserva varias sorpresas, entre las que sobresale la inven-

ción por parte de los griegos –quienes si no, dirá alguno– del mecanismo de Anticitera, que era una especie de ordenador astronómico. Entre los posteriores, contra lo postulado por una narrativa de la revolución científica que sabemos de sobra formó parte de un nacionalismo inglés pre-Brexit y atribuyó al genial e insoportable Newton demasiadas cosas, aparecen historias vinculadas a la máquina de vapor, transistores, la turbina a reacción y los cronómetros.

Con talento literario, el autor recuerda que «el espejo primario de 2,4 metros de diámetro del telescopio Hubble, durante su pulimento, tuvo un error equivalente a la quincuagésima parte de un cabello humano». Como consecuencia de ello, las imágenes que transmitió al comienzo fueron borrosas e inservibles. En este sentido, como bien plantea, la historia de la precisión en realidad es la historia de la imprecisión, o la tolerancia hacia el error. Por eso, hubiera sido de desear un enfoque menos anglocéntrico, que hubiera incluido, sin menoscabo de la tesis, desde el ‘Ensayo sobre la composición de las máquinas’, publicado en París en 1808 por los españoles A. de Betancourt y J. M. de Lanz, tratado fundador de la ciencia de los mecanismos, hasta las potentes tradiciones tecnológicas de Asia y África, cada vez más reconocidas. ■